

SARAH  
RIVENS

C  
A  
P  
T  
I  
V  
E

No juegues  
conmigo

1  
mī

SARAH RIVENS

CAPTIVE:  
NO JUEGUES  
CONMIGO

Traducción de Alicia Botella y María Brotons

**mr** ediciones martínez roca

Título original: *Captive: Tome 1*

© Hachette Livre, 2022

© por la traducción, Alicia Botella y María Brotons (Prisma Media Proyectos, S. L.), 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© de las imágenes del interior, Shutterstock

Primera edición: enero de 2024

ISBN: 978-84-270-5214-7

Depósito legal: B. 20.829-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. A.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# 1

## Ver el final del túnel... o no

—¡Arriba! —me gritó mi propietario a la oreja.

Me desperté asustada.

El aliento le apestaba a alcohol y a tabaco. Con una mirada severa, me sacudió la cabeza brutalmente.

John. Un mierdas de primera categoría, cosa que era fácil de deducir solo por su aspecto de vagabundo drogadicto sediento de dinero.

—¡Le he pedido una gran suma, así que no puedo demorarme en la entrega! —exclamó con un tono falsamente alegre.

Me arrastré fuera de la cama bajo la mirada malévola de mi futuro expropietario. Todavía no era consciente de lo que estaba diciendo. Futuro expropietario.

Tropezó con torpeza: estaba borracho. Joder, ¿cómo podía estar borracho a las nueve de la mañana?

Junto a mi cama había una vieja mochila vacía, encima de algunas cosas que John me había comprado para la ocasión: ropa interior, dos pantalones vaqueros y dos jerséis. Qué hombre tan atento.

Recogí las cosas del suelo y las metí de cualquier manera en el interior de la vieja mochila. Me puse unos zapatos desgastados y abrí la puerta del armario de escobas que me servía de dormitorio.

Tenía prisa por salir de ese lugar atroz. Para siempre.

Subí las escaleras con rapidez y me encontré cara a cara con el vagabundo que estaba esperándome ante la puerta principal.

—Ven aquí.

Recelosa, me acerqué. Pasó las manos flacuchas y asquerosas por mi melena despeinada intentando tirar de mis rebeldes mechones hacia abajo con la esperanza de arreglarme el pelo.

Al notar que me estremecía, el tipo me atrapó violentamente la mandíbula con los dedos y me obligó a mirarlo mientras escupía:

—Soy yo el que debería estar harto de tocarte, pequeña zorra.

Lo fulminé con la mirada, pero no dije nada. Con mano firme, me sacó fuera. En perspectiva, era un buen día. Sobre todo para mí.

Avanzó hacia el coche negro aparcado cerca de la entrada y abrió la puerta para meterme dentro de un empujón.

—No eres más que un horrible saco de problemas, por no hablar de las noches que te pasas llorando como una cría. Ese tipo pronto se dará cuenta y seguro que querrá que le devuelva el dinero, pero le dirás que eso es imposible.

Antes de que la puerta se cerrara, una mueca perversa

sa se le dibujó en los labios. Suspiré aliviada y se me calmaron los latidos cuando sentí que el coche arrancaba por fin.

El conductor no hablaba mucho, por suerte. Debía de tener unos cuarenta; su cuerpo parecía más imponente que el de John. Aparté la mirada para fijarme en los paisajes nuevos que se me presentaban tras los cristales polarizados.

Me alejaba del infierno en el que había pasado la mitad de mi adolescencia. En cierto sentido, era libre. Estaba lejos de John, quien me había arrancado de mi vida anterior; quien, por codicia, había considerado oportuno borrar me de la realidad.

«Soy libre. ¡Joder, llevo mucho tiempo soñando con este momento!»

Esa idea me hizo sonreír como una niña y se me llenaron los ojos de lágrimas. Empezaba a ver el final de un túnel en el que me había perdido por el único miembro de mi familia.

Sin embargo, temía a mi nuevo propietario. Sabía que no podía haber nadie peor que John, seguro, pero me preguntaba quién sería ese desconocido. ¿Qué pretendía hacer conmigo? ¿Iba a enviarle a *él* el dinero que yo ganara? Por cierto, no había tenido noticias suyas desde que había comenzado a trabajar.

Se me pasó por la cabeza la vaga idea de escapar, pero era demasiado tarde. Mi vida estaba jodida y no tenía adónde ir. Y, sobre todo, no sabía adónde iba.

El trayecto era largo, muy largo. Se había hecho de noche. Me dormí al menos veinte veces. Después me con-

centré en el conductor, que no había hablado desde que habíamos salido. Si le preguntaba cuánto quedaba, ¿me respondería? Parecía gruñón y distante.

Finalmente sentí que frenábamos. Tragué saliva cuando vi a unos hombres al lado de la carretera. En cuanto el conductor bajó la ventanilla, mis ojos se encontraron con los de esas siluetas altas e imponentes.

—Dejadlo pasar —declaró una de las siluetas.

«Joder, ¿dónde estamos? Tengo que preguntarle...»

Vacilé durante un largo momento. Justo cuando me decidí a preguntárselo, el vehículo se detuvo con brusquedad. El conductor se bajó y rodeó el coche para abrirme la puerta. Me sacó de la cabina tirándome del brazo con tanta fuerza que hice una mueca.

«No te preocupes, no voy a escapar. No tengo adónde ir, amigo.»

Con la mochila colgada del hombro, apretó un botón con el contorno luminoso que había en el portal y esperó sin dirigirme la mirada y sin decirme una palabra. No había nada a nuestro alrededor, más allá de la carretera que se extendía detrás de mí y la puerta que tenía delante separándome de mi futura casa, protegida por un largo muro.

—Aquí está —dijo con frialdad el conductor mirando hacia una cámara de vigilancia en lo alto del muro.

La puerta se abrió automáticamente. Me arrastró a toda velocidad por un camino que me pareció eterno. A lo lejos había una casa enorme con más ventanales que paredes. «¿Mi nuevo propietario no ha visto nunca pelis de miedo? Porque estas cosas suelen llamar la atención de los psicópatas.»

Era una casa grande, demasiado grande. A mi izquierda, rodeada por un césped cortado a la perfección, había una inmensa piscina. Mucho más abajo vi una entrada; parecía ser la del garaje.

El conductor me agarró el brazo con más fuerza. Estaba segura de que sus dedos se me quedarían marcados en la piel. Llamó a la puerta principal y nos recibió un hombre bastante mayor que nos miró con expresión neutra.

—Rick está en la segunda planta, con los demás —dijo sin apartar la mirada.

¿Rick? ¿Mi nuevo propietario se llamaba Rick?

—¿Están todos allí?

El hombre asintió brevemente y se apartó. Le dedicó una sonrisa cortés que no me devolvió; prefirió girar la cabeza y hacer como si no hubiera visto nada. «¿Por qué le he sonreído?»

Subimos los escalones blancos de la casa sin decir nada. Aunque no pude visitar las diferentes estancias, me fijé en que había varias puertas. ¿Habitaciones? ¿Quién necesitaría tantas habitaciones en casa?

Al llegar a la segunda planta oí voces apagadas provenientes del fondo del pasillo. Tragué saliva con el corazón acelerado. Angustiada por el sonido de todas esas voces desconocidas, me estremecí cuando nos paramos ante la famosa puerta de la que salía aquel ligero alboroto. La puerta que separaba mi futuro incierto de mi pesadilla actual.

Tras llamar, el conductor esperó tranquilo. Percibí unos pasos. Se abrió la puerta y vi a un hombre más joven que el que había visto abajo: debía de rondar los cincuen-



ta. Me observó con aquellos ojos azules mientras tensaba unos labios delgados. Al menos, él sí que sonreía.

—¡Has tardado mucho! —exclamó mirando al conductor.

—Lo lamento, había problemas de tráfico en la carretera principal y he tenido que venir por otra ruta.

El hombre asintió con la cabeza y fijó la atención en mí. Se oyeron susurros tras él. Se apartó de la puerta para dejarnos pasar y la cerró detrás de nosotros.

Hice una mueca cuando el conductor me soltó el brazo; me dolía. Ante mí había un grupo de personas algo mayores que yo. Eran cuatro: dos chicas y dos chicos. Estaban sentados en sillas de oficina, de cuero, mirándome, juzgándome sin permiso, como si yo fuera un bicho raro.

Detesté esa sensación.

—Doy por terminada esta reunión con un no rotundo —declaró uno de ellos al tiempo que se levantaba de la silla.

Esa voz particularmente ronca pertenecía al único hombre rubio de los allí presentes. Le caían unos cuantos mechones de cabello alborotado sobre unos ojos grises. Tenía una mirada penetrante que intimidaba tanto como su imponente cuerpo. Apartó la vista de mi rostro cuando el cincuentón susurró:

—Ash, no seas quisquilloso. Es perfecta para el negocio. Su anterior propietario me ha dicho que es muy descarada.

«¡Vaya, eso es lo que llaman “publicidad engañosa”!»

—¡Yo no quiero una cautiva nueva, Rick! Joder, mírala, ¡si parece un zombi! No sacaremos nada de ella, aparte

de tocar fondo todavía más —escupió Ash señalándome con el dedo.

Aunque me dolió que fuera tan cruel a la hora de describirme, me mantuve en silencio. No tenía intención de defenderme, y mucho menos en ese momento.

Me miró con un asco que debería estar prohibido. Se me formó un nudo en el estómago al invadirme de golpe un pensamiento: ¿y si me enviaban de vuelta a casa de John?

No, por favor.

—¡Me da igual lo que digas, es preciosa! —replicó Rick acercándose a mí—. Justo como a ti te gustan.

Me puso una mano en la mejilla y me aparté de forma instintiva. El conductor volvió a agarrarme el brazo con fuerza, pensando tal vez que iba a huir.

—¿Eres miedosa? Pequeña..., en ese caso no tendrías que haberte metido en este mundo.

Murmuró aquella frase con una sonrisa ligeramente ladeada.

«Nunca quise aventurarme en vuestro mundo por voluntad propia. Lo hice por ella y solo por ella», pensé.

—Ash, si quieres, puedo probarla yo por ti. Solo para ver cómo se desenvuelve en el terreno... —propuso una voz masculina.

Esbocé otra mueca; los ojos oscuros del segundo hombre, que no dudó en examinarme con un brillo perverso en la mirada, me sacaban de quicio. Se había tatuado un pájaro en el cuello, tenía los cabellos de color ébano y una mirada tan penetrante como la del rubio.

—Toda tuya, invita la casa.

—Ben no puede tener dos cautivas, Ash, no es negociable.

El tal «Ash» seguía mirándome con asco. Comprendí que él era mi nuevo propietario y que no le había gustado. Las dos chicas se susurraron algo que no pude oír desde mi posición.

—¡SALID DE AQUÍ! —gritó Ash—. Y ¡LLEVÁOSLA!

Su segunda frase me sobresaltó. El mayor del grupo, Rick, puso los ojos en blanco cuando lo vio dirigirse a la puerta.

—Es lo que él habría querido que hicieras —dijo en voz baja.

El joven se detuvo en seco. Giró la cabeza para fulminarlo con la mirada y volvió la atención a los miembros del grupo. No se habían movido, observaban la escena en silencio. Perpleja, esperé una respuesta de ese hombre de cabellos claros que no quería nada de mí.

—Sin él, nunca habría entrado en vuestros malditos asuntos.

Rick suspiró antes de limitarse a replicar:

—Ahora que estás dentro, debes dirigir nuestro negocio como lo hizo él. Ya sabes que ellas lo llevan fatal.

—Y para eso debes aceptar a tu nueva cau...

—¡Cállate, Kiara! —la cortó Ash.

Ser la causa de aquella discusión me hacía sentir bastante incómoda. La parte buena era que estaba lejos de John. La parte mala era que pronto tendrían que amputarme el brazo, pues ya no sentía si me circulaba la sangre.

El tal Rick le hizo una señal con la cabeza al conductor, que finalmente me soltó y se marchó. Ahora me ha-

bía quedado a solas con aquellos dos hombres y con el resto del grupo. Me llevé una mano al brazo para masajérmelo con suavidad.

La atmósfera que se había creado me incomodaba. A decir verdad, detestaba ser el centro de atención. En ese momento solo tenía un deseo: cavar en el suelo y enterrarme mientras esperaba a que los demás encontraran una solución a sus problemas.

El tipo rubio salió de la habitación rápidamente, dejándome con ese tal Rick, quien se volvió hacia mí sonriendo con todos los dientes.

—¡Bien! Ahora que el problema está solucionado, permíteme que me presente. Me llamo Rick, y estos son Ben, Kiara y Sabrina —indicó mientras señalaba con el dedo a los presentes.

La joven llamada Kiara, quien por cierto era muy guapa, me saludó con la mano. Unos rizos castaños le caían en cascada por los hombros. Tenía la nariz fina, y la sonrisa y los ojos claros y cálidos. Sabrina poseía cierto aire de *femme fatale* que yo nunca podría lucir, así como unos ojos almendrados y unos labios carnosos. Sus rasgos exóticos me hicieron pensar que podría tener orígenes latinos. Mostraba la sonrisa forzada que yo misma solía fingir cuando estaba con John.

Justo le dediqué esa sonrisa.

—Tu antiguo propietario nos ha cobrado caro para poder tenerte —continuó—. Espero haber tomado la decisión adecuada...

—Mi propuesta sigue en pie, ¿eh? —recordó el otro joven encogiéndose de hombros.

Ben era el perverso.

—Uno de vosotros irá a preguntarle a Ash dónde dormirá su nueva cautiva.

Ninguno se dignó a moverse; todos hicieron como si no hubieran oído nada. Rick negó con la cabeza, exasperado, y le dirigió una mirada severa al perverso.

—¡Ve tú! ¡Yo tengo mejores cosas que hacer que quedarme atrapado en una cama de hospital! —exclamó el moro.

—¿Puedo ir yo? —preguntó una de las dos chicas.

Sabrina.

—No —respondieron al mismo tiempo los dos hombres, sin tan siquiera mirarla.

Sabrina puso los ojos en blanco y se quedó en su asiento frunciendo el ceño.

—Kiara, baja tú.

El perverso soltó una risa burlona mientras la joven negaba con la cabeza y se cruzaba de brazos. Ante la oscura mirada de Rick, acabó cediendo y levantándose. Farfolló algo incomprensible y salió de la habitación.

Unos minutos más tarde oímos gritos sordos y vimos reaparecer a Kiara con expresión contrariada. Enfadado, Rick me puso los dedos en el brazo... «Pero ¿qué les pasa a todos con mi brazo?»

Sin embargo, cuando estábamos a punto de irnos, el joven rubio reapareció en la habitación; al entrar, casi rompe la puerta. Me agarró por la muñeca y me arrebató de la mano del otro hombre.

«Al menos me ha cogido por la muñeca...»

Salimos a toda prisa de la habitación. Maldiciendo,

corrió escaleras abajo; estuve a punto de caer. Abrió una puerta en la primera planta.

Hice una mueca por la presión que ejercía en mi muñeca. Dimos un paso y llegamos a un pasillo húmedo y oscuro. Tras el armario de las escobas, ahora me tocaba dormir en una bodega. Qué suerte la mía.

Abrió una segunda puerta y me empujó violentamente al interior de la habitación. Perdí el equilibrio. Oí cerrarse la puerta antes de que me diera tiempo a levantarme. La estancia solo estaba iluminada por una pequeña ventana entreabierta que dejaba que el aire frío del invierno invadiera el «dormitorio». Solo había un viejo colchón en el suelo, sin almohadas ni mantas.

Tragué saliva al oír ruido de objetos rompiéndose y gritos desde arriba. Eran los gritos de una sola persona: mi nuevo propietario.

Abrí mi vieja mochila y saqué mis dos jerséis con la esperanza de que me calentaran durante esa primera noche. Tras varios minutos ensordecedores, percibí el ruido de motores a través de la pequeña ventana y comprendí que iban a marcharse, que me dejaban sola con mi nuevo y enajenado propietario.

Me había preguntado cómo podía dormir ese tipo, con la casa llena de ventanales, y ahí tenía la respuesta. «Es un psicópata. No le dará miedo atraer a sus semejantes.»

Me puse a examinar lo que había a mi alrededor buscando algo más que no fuera un vulgar colchón que supuse que estaría sucio. No había nada aparte de la puerta de hierro que contenía una trampilla en la parte inferior. «Ay, no, parece una cárcel.»

Al oír pasos en el techo, levanté la cabeza. ¿Podía ser que estuviera en la habitación de arriba? Se me escapó un suspiro. A pesar de que la fatiga se iba apoderando de mí dulcemente, era incapaz de dormir, pues mi cabeza no dejaba de repasar en bucle los últimos acontecimientos.

Tras varias horas mirando el techo perdida en mis pensamientos, empezaron a pesarme los párpados. Intenté conciliar el sueño acurrucada sobre mí misma para calentarme.

Al final casi empecé a echar de menos a John.